

MINERVINA CAPA Y LOS PERSONAJES FEMENINOS DE DELIBES:

Vigésimo aniversario de la novela "El hereje".

Ramón GARCÍA DOMÍNGUEZ

El 29 de septiembre de 1998 llegaba a las librerías la última novela de Miguel Delibes, "El hereje", de la que ahora se cumplen, por tanto, veinte años. Veinte años en los que no ha dejado de reeditarse y de leerse, y de seguir siendo considerada, tanto por los especialistas como por el público lector, como una de las obras cumbres del escritor vallisoletano. "El hereje" cerraba, además, el ciclo narrativo del novelista, que abarca cincuenta años redondos, medio siglo redondo de narrador.

Miguel Delibes publica su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, con la que gana además el prestigioso Premio Nadal, en 1948, y la última, *El hereje*, en 1998. Si echamos cuentas nos sale, como vengo diciendo, ese medio siglo cabal.

"Quién iba a decirme a mí - comentaba el propio Delibes en un reportaje publicado en *El Norte de Castilla* de Valladolid, en enero de 1998, cuando todavía andaba metido en el proceso de escritura - que cincuenta años después de publicar mi primera novela, en 1948, iba a atreverme con una historia casi el doble de extensa y compleja que aquella". "Hay un dato muy significativo al respecto - sigue hablando el novelista -, mientras *El camino* (su tercera novela), me costó sólo tres semanas escribirlo, *El hereje* me ha llevado tres años".

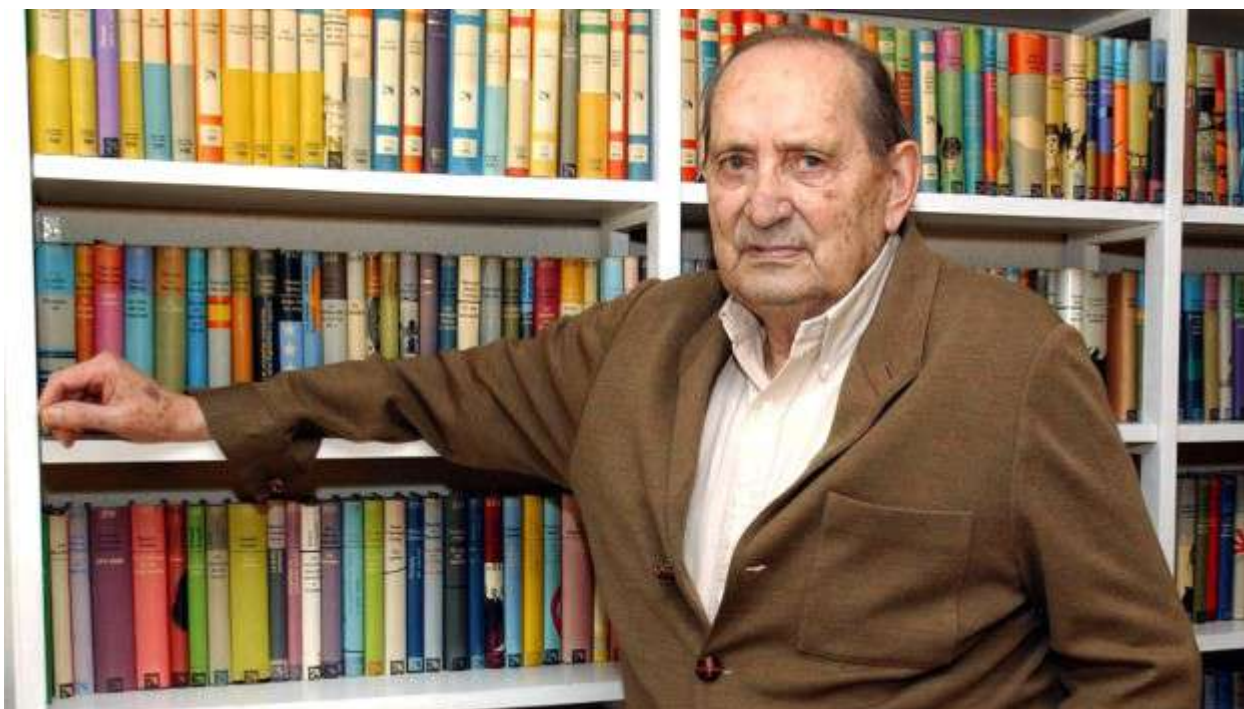
En efecto, la escritura de la novela ocupa a Delibes de 1995 a 1998. La idea surgió en una tertulia de amigos que en ese tiempo frecuentaba el escritor, los sábados, en un hotel vallisoletano. Resulta que el catedrático de Derecho Penal, Ángel Torío, había llevado a la reunión esa tarde unas fotocopias del capítulo que Menéndez Pelayo dedica en su *Historia de los heterodoxos españoles* al foco luterano

de Valladolid en el siglo XVI, y Miguel Delibes queda sorprendido y cautivado por esa historia, por ese suceso histórico.

¿NOVELA HISTÓRICA?

"El virus ya lo tenía dentro - reflexiona el novelista en una entrevista de "El Semanal", en marzo de 1998 -. Y a los pocos días me había provisto de los libros esenciales para orientarme e informarme (Benassar, Telechea, Teófanos Egido...), y me había puesto a leer."

No pocos comentaristas de la novela insistieron, en el momento de su aparición e incluso muy posteriormente, en el carácter histórico del relato - absolutamente inusual en Delibes -, y tuvo que ser el propio escritor quien saliese al paso de esta clasificación demasiado simplista: "Sin duda - puntualizó ya entonces - que el Valladolid posterior a los descubrimientos está siempre presente. La villa es corte en esos años en que se entroniza a Felipe II, pero he procurado por todos los medios que la historia no devore a la fábula, no la domine: es decir, que prevalezca la invención, lo puramente novelesco, si bien los personajes reales merezcan una atención y un respeto".



Efectivamente, *El hereje* es un relato que transcurre en el siglo XVI, que versa sobre el foco erasmista y luterano del Valladolid de esa época, capitaneado por la familia Cazalla, y que culmina con el auto de fe de todos los apresados y condenados celebrado en Plaza Mayor, en mayo de 1559, y la posterior ejecución de la sentencia en la hoguera.

O sea que *El hereje* se escapa cronológicamente del tiempo presente, de la época, digamos, en que transcurren el resto de las novelas de Delibes, tiempo y época que coinciden, por lo demás, con la del propio escritor. O dicho de otra manera: todas las novelas y cuentos delibeanos tienen como escenario temporal el siglo XX, mientras que su último relato nos retrotrae, como vengo repitiendo, al siglo XVI.

Pero esta inmersión en el pasado no significa que Miguel Delibes escriba una novela histórica al uso, una novela histórica convencional. El meollo y médula espinal de la narración, en repetidas confesiones del propio escritor, es el mismo del resto de sus novelas.

"En *El hereje* relato - dice Delibes, y a mí me lo repitió más de una vez durante el proceso de gestación de la novela, que tuve el privilegio de seguir paso a paso -, en *El hereje* relato, a fin de cuentas, y como tantas otras veces en

mis libros, la historia de un acosado y de un perdedor. Y esto está por encima de los siglos, por encima del tiempo. Un perdedor de hace cinco siglos se parece mucho, de tejas abajo, a un perdedor de nuestro tiempo".

Delibes, en efecto, siempre toma partido, en su narrativa, en sus novelas, por los más indefensos. Convierte a los marginados y proscritos en protagonistas de sus relatos. Bien en lo personal y físico - como ya ocurre con Sebastián, el protagonista contrahecho de su segunda novela, *Aún es de día* -, bien en lo social, bien en lo político, bien en lo intelectual y hasta en lo religioso, como es el caso de Cipriano Salcedo, el protagonista de la novela que estoy comentando, y uno de los grandes personajes salidos de la pluma del escritor vallisoletano. Yo me atrevería a decir, incluso, que en él se resumen y compendian tantos otros protagonistas que recorren las novelas de Delibes a lo largo de los cincuenta años que van de *La sombra del ciprés es alargada* a *El hereje*.

Pero antes de seguir adelante, hay que dejar bien en claro, porque el propio escritor lo hizo, que esos cincuenta años iban a terminar precisamente con esta novela, con *El hereje*.

En el breve prólogo al primer volumen de sus Obras Completas, aparecido en 2007, Miguel Delibes escribía: "Aunque viví hasta el año dos mil ...

él marca tres puntos suspensivos que luego sabríamos que habrían de significar 2010), el escritor Miguel Delibes murió en Madrid el 21 de mayo de 1998, en la mesa de operaciones de la clínica La Luz. Esto es, los últimos años literariamente no le sirvieron de nada. (...) Y los que vaticinaron que escribiría más novelas después de *El hereje* se equivocaron de medio a medio".

Delibes culminó la escritura de la novela, en efecto, sólo unos meses antes de que le diagnosticaran un cáncer de colon, en enero de 1998. Él mismo lo repitió en diferentes ocasiones: "Fue providencial - son sus palabras -. Si la enfermedad llega a declarármese unos días antes, no hubiera terminado el libro".

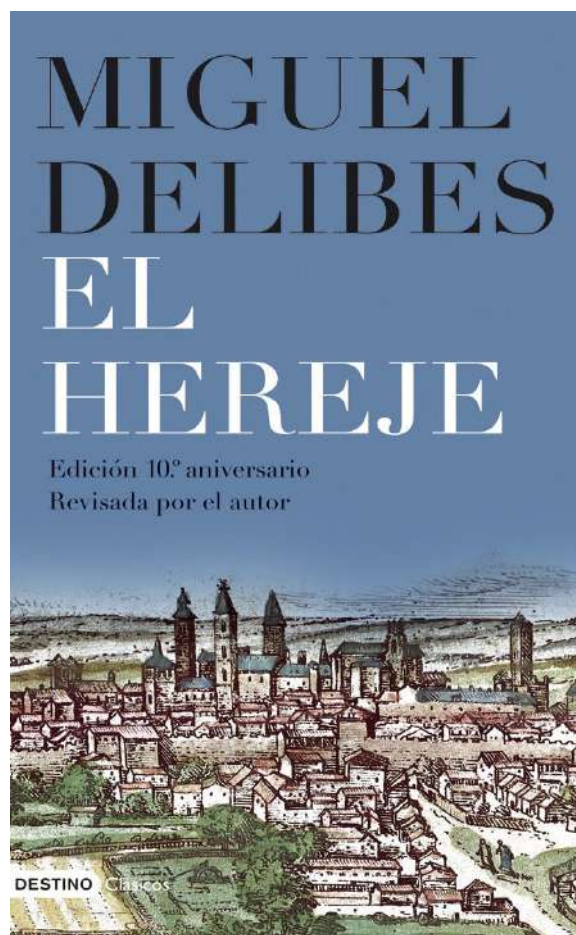
CIPRIANO SALCEDO Y MINERVINA CAPA.

Pero volvamos al protagonista de la novela: Cipriano Salcedo es un personaje de ficción, es un personaje inventado por el novelista. Aún cuando en la novela se dan cita y discurren por sus páginas numerosos personajes reales e históricos, el protagonista es pura invención de Miguel Delibes.

"Al protagonista tengo que inventármelo yo - se explica el novelista -, para poder así manejarlo y darle sentido a mi arbitrio; los personajes históricos de la novela, incluso el doctor Cazalla, verdadero protagonista e inductor de los hechos, me limitan y me encorsetan a la hora de escribir, de fabular libremente".

Pues bien: Otro de los personajes ficticios en esta novela de apariencia histórica y, por ende, con personajes históricos, reales, otro personaje inventado por Delibes, digo, es Minervina Capa, natural, según la novela, de Santovenia de Pisuerga, población cercana a Valladolid.

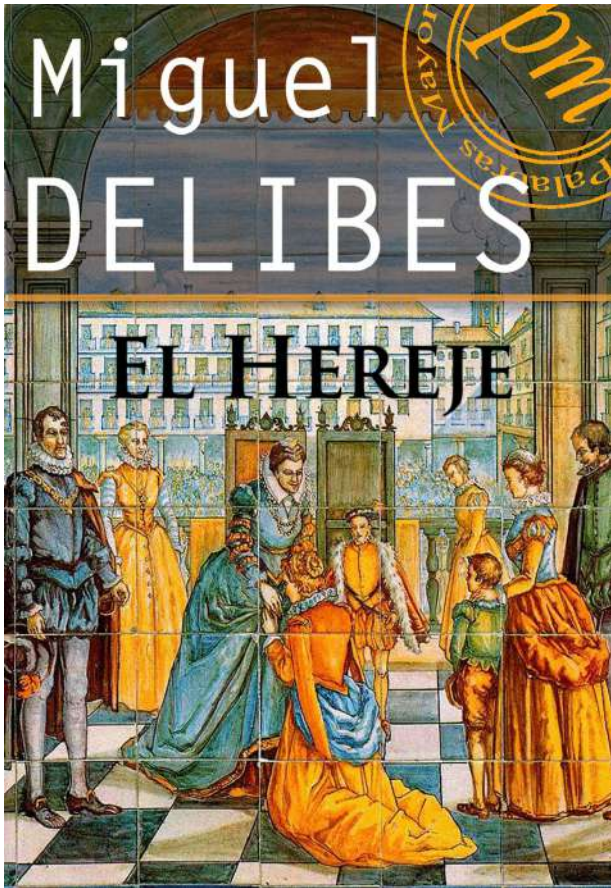
Y Minervina Capa es para mí uno de los personajes más hermosos, más carismáticos, logrados y rotundos de la novelística de Miguel Delibes. No son muchos los personajes femeninos relevantes en la narrativa delibeana. Evocaré aquí algunos de los más memorables: La niña



Portada de *El hereje*, de Delibes.

Uca-Uca, de *El camino*; Carmen Sotillo (Menchu), de *Cinco horas con Mario*; la entrañable criada Desi, de *La hoja roja*; Anita, primero novia y después esposa de Lorenzo el cazador (en los tres *Diarios*); Ana, la esposa del pintor protagonista (y alter ego del propio Delibes), prematuramente fallecida, de *Señora de rojo sobre fondo gris*; la Régula, mujer de Paco el Bajo, de *Los santos inocentes*; algunas mujeres de sus relatos, particularmente de *Viejas historias de Castilla la Vieja*... Incluso algún que otro personaje femenino de la novela que nos ocupa, de *El hereje*, como Teodomira Centeno, la esposa de Cipriano Salcedo; o Ana Enríquez, la guapa correligionaria luterana del protagonista, por la que éste se sentirá fuertemente atraído física y sentimentalmente.

Y por supuesto que hay más personajes femeninos delibeanos de los que merecería la pena ocuparnos; pero por encima de todos ellos, sobresaliendo sobre todos ellos, hay que colocar, me reafirmo en ello, a Minervina Capa.



Portada de *El hereje*, de Delibes.

La figura de Minervina aparece por primera vez en el capítulo primero del Libro Primero de la novela, concretamente en la página 65. Doña Catalina, la madre del protagonista, acaba de darle a luz, pero sufre calenturas y precisa de una nodriza. Y leemos: "A las doce del día siguiente se presentó una muchacha, casi una niña, procedente de Santovenia, madre soltera, con leche de cuatro días, que había perdido a su hijito en el parto. A doña Catalina le gustó la chica, alta, delgada, tierna, con una atractiva sonrisa. Daba la sensación de una muchacha alegre, a pesar de los pesares (...) El fervor materno de aquella chica se advertía en su tacto, en el cuidado meticuloso al acostar a la criatura, en la comunión de ambos a la hora de alimentarlo (...) De esta manera Minervina Capa, natural de Santovenia, de quince años de edad, madre frustrada, empezó a formar parte de la servidumbre de la familia Salcedo en la Corredera de San Pablo, nº 5".

Ya está, pues, nuestra protagonista con el niño, con "su niño", como veremos luego que le llamará tiernamente.

En el capítulo V, Delibes nos describe precisamente la relación, cada vez más estrecha, entre Minervina y el niño Cipriano, a punto de cumplir ahora siete años.

Y se narra a su vez en este capítulo el deslumbramiento físico, el deslumbramiento erótico y carnal, sería mejor decir, del padre del pequeño, don Bernardo Salcedo, por la joven nodriza Minervina, quien ante la atrevida insinuación del amo en un momento dado, ella le planta cara al patrón y rechaza enérgicamente sus pretensiones.

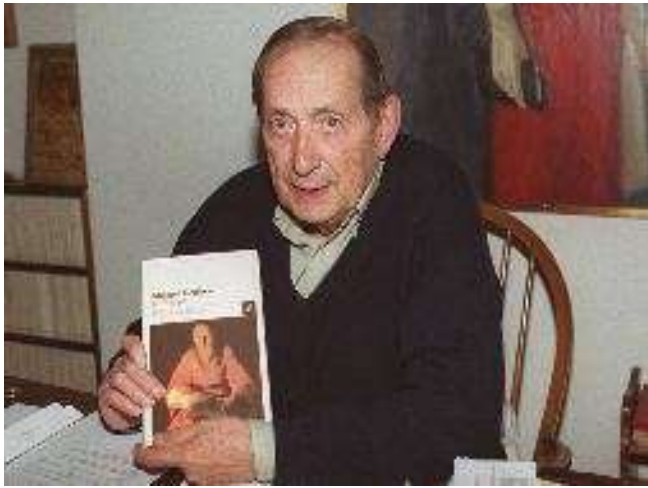
Pasa el tiempo y Cipriano se separa de Minervina el día en que el padre del muchacho decide ingresarlo, como escolar interno, en el llamado Hospital de Niños Expósitos de Valladolid. Pero vuelve a reencontrarse con ella tras unos años, ahora en casa de su tío Ignacio y su tía Gabriela, donde es acogido Cipriano tras la muerte de su padre a consecuencia de la terrible peste que asola Valladolid.

Y llegamos ahora a un momento culminante en la relación entre el muchacho y su nodriza. Nos lo cuenta Delibes en el capítulo VI de la novela: Cipriano tiene catorce años, se declara un día abierta y enamoradamente a Minervina, la muchacha lo acepta, y llegan a yacer carnalmente aprovechando las ausencias domésticas de los tíos.

Un día, sin embargo, los sorprende infraganti la tía Gabriela, culpa a Minervina de la situación, de la seducción del muchacho, y la expulsa sin miramientos del servicio de la casa.

LA AUSENCIA COMO PROTAGONISTA.

Vuelve la muchacha a su pueblo natal, a Santovenia, y comienza en este punto la total y prolongada separación y ausencia de Minervina en la vida de Cipriano Salcedo. Ausencia que determinará además el resto de la novela *El hereje*, notándola y sintiéndola el lector tanto como el propio protagonista. Nunca una ausencia estuvo más presente en una narración novelesca.



Naturalmente, Cipriano no se resigna y emprende la búsqueda obsesiva de la muchacha. Y cumplida ya la mayoría de edad, el joven Salcedo se propone tres claros objetivos: Encontrar a Minervina; alcanzar un prestigio social; y ponerse a nivel, o por encima incluso, de los grandes terratenientes y comerciantes del país.

Pero el primero y principal de los tres objetivos es encontrar a la joven por la que se siente profundamente atraído y enamorado, ya que - leemos textualmente - "no comprendía la vida sin ella". Testimonio rotundo: No comprendía la vida sin Minervina. Pero ni la vida ni la suerte se ponen de su parte ni le ayudan en sus enamoradas pesquisas.

La busca, primero, en Santovenía, en su pueblo, pero allí no está; y Cipriano, a lomos de su caballo Relámpago, se encamina a Mojados, a Segovia y recorre todos los alrededores y lugares donde va encontrando alguna pista, algún indicio, algún vago rumor o comentario que no le llevan, al final, a ningún sitio, que no le conducen a dar con el paradero de su Minervina. Tiene resignadamente que desistir, y la ausencia de Minervina Capa, como antes dije, se convierte en el leitmotiv obsesivo a lo largo de páginas y páginas de la novela.

Pero Minervina vuelve a aparecer, yo diría que para sosiego del lector y, sobre todo, para consuelo de Cipriano. Sí, vuelve a aparecer casi al final del libro, exactamente en el capítulo XVII y último del relato, En el colofón narrativo más emocionante y conmovedor que se haya escrito nunca.

EL REENCUENTRO Y LA HOGUERA.

Este reencuentro entre ambos personajes da comienzo cuando Cipriano Salcedo, una vez consumado y finalizado el Auto de Fe en la plaza mayor de Valladolid, y a lomos de un borriquito camino del quemadero fuera de la Puerta del Campo, se acerca al reo su tío Ignacio Salcedo, el Magistral de la Real Chancillería de Valladolid, aparta resueltamente a quien empuña el roncal del asno y coloca en su lugar - leo textualmente "a una mujer de cierta edad, con gracioso tocadillo alemán en la cabeza, sencilla y fina de cuerpo, de agraciado rostro. La mujer se aproximó a Salcedo con los ojos llenos de lágrimas y le acarició la barbada mejilla con ternura.

"Niño mío - dijo - ¿Qué han hecho contigo?"

"Cipriano alzó la cabeza, buscó el eje visual y, a pesar del tiempo transcurrido, la reconoció enseguida. No pudo hablar pero trató de cogerle una mano, de mostrarle de alguna manera su cariño, pero una oleada de la multitud los separó (...)

"Dócilmente, Minervina tiraba del roncal y lloraba en silencio(...)

"Cipriano, viéndola, se sentía inusitadamente tranquilo, protegido, como cuando niño. Avanzaba ella tan gentil y confiada que nadie pensaría que le llevaba al encuentro con la muerte. (...) a pesar de su edad, era tal la gracia de su figura que rústicos medio bebidos, llegados a la villa para la fiesta, la requebraban, la acosaban con frases soeces".

La narración del traslado hasta el quemadero resulta estremecedora. La muchedumbre increpa a los reos, los insulta, se burla de mil maneras de ellos y, por ende, también del reo Cipriano Salcedo.

"Pero su atención - seguimos leyendo, sobrecoigidos - iba en otra dirección, su débil cerebro se desplazaba hacia Minervina, hacia su airosa figura, decidida, la sogá del roncal en su mano derecha, abriéndose paso entre la multitud. Se recreaba en su gentileza, y al contemplarla, sus

ojos cegatosos se llenaban de agua. Sin duda era Minervina la única persona que le quiso en la vida, la única que él había querido (...) Cerró los ojos acunado por el bamboleo del borrico y evocó los momentos cruciales de su convivencia con ella: su calor ante la mirada helada del padre, sus paseos por el Espolón, la galera de Santovenia, la temura con que velaba sus sueños, su espontánea entrega a su regreso, en la casa de sus tíos. Al ser despedida, Mina desapareció de su vida, se esfumó. De nada valieron sus pesquisas para encontrarla. Y ahora, veinte años después, ella aparecía misteriosamente para acompañarle en los últimos instantes como un ángel tutelar. ¿Sería Mina, en realidad, la única persona que había amado?"

Comienzan ya todos los preparativos del suplicio que Delibes describe minuciosamente. Pero Cipriano sólo tiene ojos, sus enfermos y casi apagados ojos, para Minervina. "La vio tan próxima - leemos de nuevo en la novela - que le dijo en un susurro: ¿Dónde te metiste, Mina, que no pude encontrarte?"

Todo se va consumando, todo llega a su fin. Un sacerdote, el P. Tablares, trata de traer al buen camino al reo, atado ya al palo de la inminente fogata:



Busto de Delibes en Molledo, por Javier Soto.



Hermano Cipriano, aún es tiempo. Reducíos y afirmad vuestra fe en la Iglesia.

"C...creo -respondió él - en la Iglesia de Cristo y de los Apóstoles."

Pero había que decir Romana, Iglesia Romana. El padre Tablares insiste, pero el reo busca todavía una fórmula un tanto ambigua que pueda satisfacer al sacerdote y sobre todo a su propia conciencia: Creo en Nuestro Señor Jesucristo y en la Iglesia que lo representa.

"El P. Tablares bajó la cabeza desalentado. Descendió la escalerilla lentamente y vio a Minervina sollozando junto al verdugo. Entonces hizo la seña, un leve ademán con la mano derecha señalando la carga de leña. El verdugo arrimó la tea a la incendaja y el fuego floreció de pronto como una amapola, despabiló, humeó, rodeó a Cipriano rugiendo, lo desbordó. (...) Entonces rompió el silencio el desgarrado sollozo de Minervina. La cabeza de Cipriano había caído de lado y las puntas de las llamas se ceaban en sus ojos enfermos".

MI NIÑO.

Así termina, así se cierra el relato novelesco delibeano. Pero no el libro: el colofón del mismo, sus dos últimas páginas, recogen la declaración textual de Minervina Capa ante el Tribunal de la Inquisición. Y voy a permitirme transcribirla, al menos en sus párrafos esenciales, para caer en la cuenta de que estamos ante uno de los textos más excelsos de la narrativa castellana. Hasta cinco veces vuelve a emplear Minervina el cariñoso, el tierno, el casi mimoso apelativo que le oímos exclamar cuando ve por primera vez al reo camino de la hoguera: "Mi niño". ¿Qué han hecho contigo, mi niño?

Extracto de la declaración de Minervina Capa ante la Inquisición:

"Preguntada por la razón de su presencia en el quemadero en la tarde del 21 de mayo de 1559 y su relación con el relajado Cipriano Salcedo, la atestante manifestó que el interfecto había sido su *niño*, que le había criado a sus pechos y le había atendido en sus necesidades(...)

"Preguntada por el hecho de haber conducido la borriquilla hasta el palo, declaró que el reo iba muy enfermo de los ojos y las piernas, y que don Ignacio Salcedo, tío del condenado, le pidió que acompañara a la hoguera a su sobrino, porque de otro modo éste se iba a encontrar

en esa tarde tan triste, momento en que esta declarante aceptó acompañarle, como hubiera accedido a morir en su lugar si así se lo hubiesen pedido.(...).

"Preguntada finalmente si vio u oyó alguna otra cosa que, por una razón o por otra, considerase que debe declarar al Santo Oficio, manifestó que, en todo caso, de lo que vio aquella tarde, lo que más la conmovió fue el coraje con que murió su *niño*, que aguantó las llamas tan tieso y determinado, que no movió un pelo, ni dio una queja, ni derramó una lágrima, que a la vista de sus arrestos, ella diría que Dios Nuestro Señor le quiso hacer un favor ese día. Preguntada la atestante si ella creía de buena fe que Dios Nuestro Señor podía hacer favor a un hereje, respondió que el ojo de Nuestro Señor no era de la misma condición que el de los humanos, que el ojo de Nuestro Señor no reparaba en las apariencias sino que iba directamente al corazón de los hombres, razón por la que nunca se equivocaba (...)"

A mi entender, en esta reflexión final de Minervina Capa ante la Inquisición se compendia todo el espíritu de la novela *El hereje*, de Miguel Delibes, cuyo vigésimo aniversario estamos conmemorando.

